

Jorge Gómez Pinilla

LOS SECRETOS
DEL ASESINATO DE
ÁLVARO GÓMEZ HURTADO

ICONO •

Contenido

Prólogo de Ariel Ávila	9
I. La antesala del crimen	13
II. Así lo mataron	25
III. Los que dispararon	31
Sobre una declaración explosiva	36
Una recompensa de por medio	40
Nombres que coinciden	43
Entre un intento de secuestro y un asesinato	46
La muerte como arma de persuasión	51
Nombres que se repiten	55
IV. El rompecabezas	57
Los primeros intentos para desviar la investigación	63
Un fiscal amenazado	65
A la caza del Grupo Cazador	69
Mary Luz Cuadros, una declaración inesperada	74
Aquel viejo motel	78
Un encuentro sospechoso	86
Un coronel «inocente», pese a las pruebas	88
Acta del Poder Constituyente	90
Una tensión a punto de reventar	95
Piezas sueltas	97
Una confesión sin confesión	100

V. Los hombres que sabían demasiado	103
Bitácora de una conspiración	108
Carlos Castaño también sabía	112
Diego Edinson Cardona, el hombre clave	113
Rasguño, Londoño, narcos, paracos y abogados	118
Una declaración literalmente increíble	124
«Lo que dijo Rasguño es traído de los cabellos»:	
Gómez Méndez	128
Lesada humanidad, perversa intención	130
¿Crimen de Estado?	135
Un botín perdido	137
Abuso mediático	146
Absolución a la medida	154
VI. «Frechette le hizo mucho daño a la investigación»	159
VII. ¿Se hará justicia?	163
Conclusiones	165
Apéndice: Bitácora de una búsqueda azarosa	175
La muerte de un hablante	181
Una entrevista entre luces y sombras	187
«Esos militares de los que le hablo buscaron a Álvaro Gómez y le hicieron la pregunta»	189

V

LOS HOMBRES QUE
SABÍAN DEMASIADO

SABÍAN DEMASIADO Y LOS MATARON. Es la conclusión que se desprende después de revisar el rosario de asesinatos que se exponen en este libro, empezando por el del mismo Álvaro Gómez Hurtado y pasando por muchos otros que cayeron bajo las balas asesinas, sin importar si simpatizaban o no con la idea de terminar con el Gobierno del entonces presidente Ernesto Samper. Era la estrategia del silencio, la de callar a toda costa a aquellos que eventualmente pudieran señalar a los culpables del magnicidio.

En ese escenario de hombres silenciados por las balas, pondré la lupa sobre dos asesinatos mencionados en el capítulo anterior, a los que no se les dio la debida importancia en la búsqueda de sus autores, pese a la notoriedad de las víctimas. Me refiero al general Fernando Landazábal, asesinado el 12 de mayo de 1998; y al economista y catedrático Jesús Antonio Bejarano, ultimado un año después, el 15 de septiembre de 1999.

En el caso del general Landazábal, eran las 7:50 de la mañana cuando salió de su casa al norte de Bogotá, alcanzó a avanzar algunos metros y sonaron los disparos. Su cuerpo quedó tendido en la calle. Se dijo que fueron tres sicarios, y que escaparon en un automóvil. Landazábal tenía 76 años y una carrera militar de 36. Fue ministro de Defensa en el Gobierno de Belisario Betancur y hacía parte de los militares que se oponían a Samper.

Desde un principio se tendió un oscuro manto de silencio en torno a los posibles asesinos, como si de ello no se debiera hablar. No hubo un solo sospechoso, menos un preso, nadie pagó un solo día de cárcel. Las autoridades aseguraron que el supuesto asesino del general murió en Villavicencio días después de cometido el crimen. Tan profundo fue el misterio que Fernando Landazábal Bernal, el mayor de los siete hijos que tuvo el general con doña Olga Bernal, hizo algunas investigaciones por su cuenta y lo único que pudo averiguar fue que a una banda de sicarios de San Andresito le habían pagado por matar a su padre. Sin embargo, sí

se supo que fue un «crimen que en más de una declaración ante la Fiscalía se habría atribuido a sicarios próximos a redes civiles de inteligencia de la extinta Brigada XX», como apunta un artículo de Édgar Torres, publicado el 18 de septiembre 1999 en *El Tiempo* bajo el título «Sentenciado por las FARC»²⁵.

En esa incertidumbre quedó el caso, aunque tiempo después sería el exparlamentario conservador Pablo Victoria, un aliado ideológico suyo, la persona que ofrecería alguna luz cuando muchos años después, en 2015, publicó su libro *Memoria de un golpe*, donde cuenta que el sábado 9 de mayo de 1998, ambos —él y Landazábal— se encontraron en la oficina de la también política María Paulina Espinosa. En esa ocasión, Landazábal se le acercó y le dijo en voz baja: «Pablo, quiero hablar con usted, pero otro día, porque yo sé quién mandó asesinar a Álvaro Gómez» (pág. 277). Quedaron en que cuatro días después hablarían sobre el tema, pero fue asesinado el día anterior a la cita, el 12 de mayo de 1998.

Fue el mismo Victoria quien tituló «Landazábal sabía demasiado» y resulta muy intrigante que lo hubiesen matado justo un día antes de revelarle a él su secreto. Como si alguien se hubiera enterado de que ambos se iban a reunir, y ese alguien lo hubiera impedido para evitar que se conociera la verdad...

Coincidente con el testimonio de Victoria, en el expediente que la Fiscalía construyó entre 1995 y 2000 aparece una declaración juramentada del político conservador Hugo Mantilla —miembro de los llamados *conspis* y también muy cercano a los militares—, quien dice que

el general Fernando Landazábal, mi amigo admirado, patriota integérrimo, me manifestó que había recibido informes de algunos militares sobre la muerte de Gómez Hurtado y que no vacilaría en llevar a la Fiscalía su testimonio. Al general Landazábal no lo asesinó la izquierda ni la subversión, tampoco lo asesinó el Partido

²⁵ «Sentenciado por las FARC», por Édgar Torres, editor de Mesa Central. *El Tiempo*, 18 de septiembre de 1999. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-898092>

Liberal ni el Conservador, a él lo asesinó la misma máquina de muerte que arrebató la vida de Álvaro Gómez Hurtado²⁶.

Sobre Jesús Antonio Bejarano Ávila se debe decir que era un destacado economista, presidente de la Sociedad de Agricultores de Colombia (SAC), miembro de número de la Academia Colombiana de Ciencias Económicas y decano de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional. Él fue asesinado en el campus de la universidad, frente al edificio de Contaduría, por un hombre que vestía una sudadera blanca, quien le disparó a quemarropa un solo tiro en el centro de la frente, y luego salió caminando con tranquilidad hacia la avenida Eldorado, donde fue recogido por un taxi.

Bejarano era un intelectual y académico respetable, a quien invitaban a las reuniones de *conspis* para que expusiera sus puntos de vista. Y aquí es importante aclarar que existían dos clases de conspiradores: los que urdían planes para tratar de tumbar a Samper, entre militares y civiles; y los que eran contrarios al Gobierno y asistían a esos encuentros, pero no abrigaban propósitos golpistas. Bejarano, que en lo intelectual provenía de la izquierda y había sido consejero de Paz durante el Gobierno de César Gaviria, y en tal condición fue su representante en las conversaciones con las FARC en Caracas y Tlaxcala, pertenecía al segundo grupo.

A esos encuentros también asistían personajes como el periodista Ramiro de la Espriella o alvaristas como Felio Andrade y Diego Tovar, ideólogo de la Derecha. Algunas veces tenían invitados especiales, como el constitucionalista Luis Carlos Sáchica o el exconsejero Jesús Bejarano o el exdesignado Víctor Mosquera, para tratar temas específicos en un ambiente donde los invitados parecían menos conspiradores que los anfitriones y que daba para que hasta el mismísimo comandante de las Fuerzas Militares, general Camilo Zúñiga, le hubiera reconocido al periodista Juan Gossaín cierta visita que recibió:

²⁶ «Cabos sueltos del caso Gómez», investigación de Norbey Quevedo H. *El Espectador*, 13 de febrero de 2010. <https://www.elespectador.com/noticias/investigacion/articulo187555-cabos-sueltos-del-caso-gomez>

Alguna vez me visitó un grupo, no digamos de políticos, sino más que todo de esos estudiosos del acontecer nacional, porque así siempre he visto al doctor Felio Andrade, al doctor Álvaro Uribe Rueda. Me visitaron ellos dos, el doctor Hugo Mantilla y otros. Creo que entre ellos había un educador o por lo menos alguien vinculado a un centro docente.

Ese educador al que se refería Zúñiga era Jesús Antonio Bejarano.

En el artículo ya citado de Édgar Torres en *El Tiempo*, el autor trae a colación otro hecho intrigante y señala que

Las circunstancias en que ocurrió el asesinato del exconsejero (Bejarano) se asemejan a las que rodearon la muerte de Fernando Landazábal Reyes. El general en retiro fue asesinado en la calle por un sicario que le disparó también a quemarropa, crimen que en más de una declaración ante la Fiscalía se habría atribuido a sicarios próximos a redes civiles de inteligencia de la extinta Brigada XX.

Esto se traduce en que los asesinatos del general Landazábal y el consejero Bejarano —con un año de diferencia entre y uno y otro— tuvieron el mismo *modus operandi* y, como coincidencia adicional, ninguno de los dos crímenes fue reivindicado. Sumado a lo anterior, lo más sorprendente del artículo reside en que mencionan a la misma brigada —la XX— que tuvo que ser cerrada por el presidente Ernesto Samper atendiendo «órdenes» del embajador de Estados Unidos, Myles Frechette, cuyo director para la época era el mismo coronel Bernardo Ruiz Silva, acusado por la Fiscalía de haber sido quien organizó el atentado contra Álvaro Gómez. En otras palabras, lo que se advierte es la aplicación de un muy bien coordinado plan de silenciamiento contra toda persona poseedora de información sobre los verdaderos autores del asesinato de Álvaro Gómez, sin diferenciar si el silenciado era un aliado o un delincuente.

Bitácora de una conspiración

Hablando de coincidencias, estas se acrecientan cuando se revisa un informe especial de la revista *Semana*, titulado «El gran misterio», con fecha 16 de septiembre de 1996, el cual describe casi con

pelos y señales la hoja de ruta de la conspiración. Pero su mayor mérito reside en que el redactor del artículo habló no solo con los asistentes a esas famosas reuniones de los *conspis*, sino con algunos de los militares que formaron parte de la trama golpista, cuyos nombres fueron omitidos a su solicitud²⁷.

Allí nos enteramos, por ejemplo, que a mediados de agosto de 1995 Hugo Mantilla organizó una reunión «académica» en la Academia de Historia Naval, de la que era su presidente, a la que además de historiadores y profesores universitarios asistieron varios de los militares integrantes del grupo de inconformes y algunos de los civiles que se reunían con ellos. Cuenta la publicación que el invitado especial fue Álvaro Gómez y que «el tono de las conversaciones era abiertamente antigobiernista y (...) se hablaba de la urgencia de una salida», para luego agregar que muchos de los *conspis* «se convencieron esa noche de que Gómez era la persona indicada para encabezar sus planes».

El bumangués Hugo Mantilla Correa, profesor de Historia de la Escuela Superior de Guerra, lideraba un grupo de corte ultraderechista en Santander. Sus amigos y discípulos, entre los que se hallaba el futuro procurador Alejandro Ordóñez —famoso por incendiar libros en su juventud y seguir fielmente los rituales de la anacrónica iglesia lefebvrista en años posteriores—, solían reunirse en el famoso y heteróclito café La Tríada de Bucaramanga. Algunos de ellos terminaron comprometidos en la conspiración. Tras el asesinato de Gómez Hurtado, Mantilla se exilió en Suiza, donde falleció en 2007.

Añade *Semana* que unos días después, a finales del mismo agosto de 1995, varios de esos militares inconformes organizaron una reunión social en la casa de descanso de uno de ellos, en las afueras de Bogotá, y que allí de nuevo el invitado de honor fue Álvaro Gómez, quien llegó acompañado de Pablo Victoria, al cual se refieren como alguien que «cuenta con la confianza de las Fuerzas Armadas, (...) tiene más conocimiento de los procesos mentales de los militares que de los civiles, y sus contactos van desde el general

²⁷ «El gran misterio», *Semana*, 16 de septiembre de 1996. <https://www.semana.com/nacion/articulo/el-gran-misterio/30103-3>

Harold Bedoya hasta la línea baja de la oficialidad». Aunque la reunión estaba planeada como un acto social, «terminó por convertirse en un acto político de protesta. Cada quien expuso su punto de vista sobre la situación del país. En el calor de la discusión uno de los asistentes tomó la palabra y le dijo a Álvaro Gómez: ¿Usted estaría dispuesto a encabezar un movimiento que permita la reconstrucción de Colombia?». A lo que Álvaro Gómez contestó «con una disertación sobre la historia política del país. Cuando finalizó la reunión, el consenso de los conspiradores era que Gómez estaría dispuesto a jalarle al asunto», puntualiza *Semana*.

Uno de esos altos militares tomó muy en serio la posibilidad y decidió pedir una audiencia con el embajador Myles Frechette, a quien le dijo que algunas personalidades del país estaban contemplando como única salida posible a la crisis la de un golpe de Estado, y quería saber la posición de Washington al respecto. Pero el embajador le habría contestado que su gobierno no avalaría bajo ningún punto de vista un alzamiento militar, y habría sacado de su escritorio la Constitución y le habría dicho: «General, la salida de Samper está aquí». Y si bien no se reveló la identidad del oficial golpista que visitó a Frechette, se sabe por esa misma declaración que habría sido nada menos que un general de la República.

Toda esa historia de las reuniones se filtró y llegó hasta la Casa de Nariño. Sin embargo, los conspiradores, una vez expuestos y conscientes de que en adelante tendrían que correr riesgos, en vez de retroceder en sus planes decidieron continuarlos, así que «se amplió el número de militares y se redujo el de civiles. Cada vez que se reunían, buscaban que Álvaro Gómez los acompañara. El dirigente político en algunas ocasiones asistió, pero a través de sus exposiciones dejaba entrever una posición neutral».

Lo verdaderamente sorprendente es que la información contenida en ese informe periodístico no hubiera tenido mayor repercusión, pues allí se cuenta que los miembros de la conspiración incluso aprovecharon la visita de una delegación de militares peruanos —a finales de septiembre de 1995— para pedirles asesoría, pues dentro de esos militares se contaban al menos cuatro que asesoraron a Alberto Fujimori cuando este decidió cerrar el Congreso de su país. Y *Semana*

estableció que hubo cuatro reuniones y en ellas los peruanos relataron sus experiencias durante el «fujimorazo». Les explicaron la manera como manejaron la prensa nacional e internacional y la imagen que proyectaron de las Fuerzas Armadas, así como la de Fujimori. Con esta información, un grupo de oficiales radicales en compañía de algunos civiles decidieron concretar sus planes.

Las reuniones se hicieron en las madrugadas y en un apartamento cerca de Unicentro. Se acordó un plazo de sesenta días para ejecutar el golpe, se dijo que se establecería una sede provisional de gobierno en Cartagena y que se «le ofrecería a Álvaro Gómez encabezar una junta cívico-militar de seis personas en la que sólo estaría un militar», según cuenta *Semana*. Para integrar esa junta se revisaron distintos nombres, entre los que estaba el de Pablo Victoria y se consideró a Jesús Bejarano para ofrecerle el Ministerio de Defensa. «Decidimos hacer una lista de ministros civiles porque llegamos a la conclusión de que no había suficientes militares preparados para ocupar esas carteras», le dijo uno de los militares a la revista. Bejarano, a quien la publicación consultó, «confirmó el ofrecimiento, aclarando que lo descartó de plano por considerarlo absurdo. Se abstuvo de suministrar cualquier detalle sobre las personas que lo buscaron para hacerle la propuesta».

Todas estas supuestas situaciones —dijo *Semana*— se estaban discutiendo para ser puestas en práctica el 11 de noviembre del año pasado. El 2 de ese mes fue asesinado Álvaro Gómez Hurtado y el proyecto quedó en el aire. Nadie sabe quién mató a Gómez. Sin embargo, con la excepción de su hermano Enrique, todas las fuentes consultadas por *Semana* coinciden en que su muerte está relacionada con los hechos anteriormente descritos.

Aquí aparece de nuevo el punto clave, donde se hace evidente el posible motivo por el cual habrían sido asesinados tanto Álvaro Gómez como el general Fernando Landazábal y Jesús Antonio Bejarano: porque sabían demasiado. En el caso de «Chucho» Bejarano, no sería error concluir que su lealtad a los golpistas que le hicieron la propuesta —lealtad expresada en el silencio que guardó ante el periodista de *Semana*— le habría costado la vida, pues sus

asesinos debían asegurarse de que tan sensible información nunca pudiera salir de su boca.

Carlos Castaño también sabía

A todo esto debemos sumar una voz más. O quizá sea mejor decir que un silencio más, pues hubo otra persona que fue asesinada —aunque por razones acaso distintas— y también tenía información valiosa, que no alcanzó a divulgar. Esa persona fue el jefe de las Autodefensas Unidas de Colombia, el tristemente célebre Carlos Castaño.

En el libro *Mi confesión*, redactado por el periodista Mauricio Aranguren, Castaño contó su vida y su participación en el conflicto. Y entre todo lo que contó allí, alcanzó a decirle al periodista algo sobre el crimen contra Álvaro Gómez:

Pensé en contarle lo que conozco sobre su asesinato, pero me arrepentí. Primero, no tuve nada que ver. Y segundo, la verdad ya la conocen los afectados. Por una extraña razón, entre ellos y los victimarios parece que se hubiese pactado un armisticio sordo y rencoroso. El crimen del líder conservador fue perpetrado por un sector del narcotráfico y uno del Estado²⁸.

Cuando habla de «los afectados», se refiere, por supuesto, a los allegados a Álvaro Gómez.

Un poco más abajo, agrega: «Dudo si deba ser yo el que revele la verdad sobre el responsable de la muerte del doctor Gómez, sobre todo cuando la gente del poder ha preferido guardar silencio. Lo que sí permanece claro para mí es que han tratado de torcer la verdad de manera insistente».

Y en la página siguiente, la 235, suelta esta perla: «Del gobierno de Ernesto Samper, tengo algo más que decir: el expresidente puede ser un hombre cínico, pero no tiene la maldad como para conocer y autorizar los métodos despreciables utilizados por aquellos preocupados en buscar su caída de la Presidencia de Colombia».

Luego da otro brochazo en torno a lo mismo: «Solo he prometido decir la verdad hasta donde creo deba hacerlo. Por ahora

²⁸ Aranguren, Mario, *Mi confesión*. Bogotá: Oveja Negra, 2001, pág. 234.

no lo haré, pues no le quiero hacer tanto daño al país». Y remata con esto: «A raíz de lo que divulgaré, nadie querrá hablar conmigo por un tiempo largo. Yo participé en la reunión donde se esperaba provocar la caída del presidente Ernesto Samper. Lo que denunció en esa época su Gobierno fue la pura verdad».

Es difícil saber cuántas falsedades dijo y cuántos secretos se llevó Carlos Castaño a la tumba. Fueron muchos, sin duda. Uno de ellos, tal vez el más morrocotudo, tiene que ver con la conformación de lo que él mismo definió como el Grupo de los Seis, al que se refiere en el tono más elogioso posible:

Al Grupo de los Seis ubíquelo (...) como hombres al más alto nivel de la sociedad colombiana. ¡La crema y nata! Para mí fue un privilegio el paso que tuve por la vida de esas personas, y no hay que ponerle un toque macabro, era un grupo de seis colombianos a los que denominé verdaderos patriotas, comprometidos con Colombia. Ellos me convencieron de la conveniencia de actuar patrióticamente y dedicar mi vida a la defensa del país, y entregarla si es el caso. Eran personajes de todo respeto y credibilidad, que por su edad avanzada vieron en mí la posibilidad de tener un hombre de la patria.

Ese «hombre de la patria» fue responsable de la creación de numerosas bandas criminales paramilitares, de decenas de masacres campesinas y de centenares de asesinatos de activistas de izquierda.

Diego Edinson Cardona, el hombre clave

Carlos Castaño conocía detalles sobre el asesinato de Álvaro Gómez y eso no solo se documenta en el libro *Mi confesión*. Otros testimonios avalan esta afirmación, como el de Diego Edinson Cardona Uribe, el de Rasguño y el del abogado Ignacio Londoño.

Empecemos por el primero: Diego Edinson Cardona Uribe, según el artículo titulado «El hombre clave» de la revista *Semana*, publicado el 10 de julio del 2000²⁹, fue un individuo que ingresó

²⁹ «El hombre clave», por Gloria Congote. *Semana*, 10 de julio de 2000. <https://www.semana.com/nacion/articulo/el-hombre-clave/42606-3>

al Batallón de Inteligencia n.º 2, adscrito a la Brigada XX, y fue asignado al Grupo Cazador, cuyo jefe era Omar Berrío Loaiza, o *Juan Camilo*, uno de los principales sindicados dentro de la investigación. Allí se le asignó el seudónimo de Nicolás Ardila e hizo inteligencia para la organización. También se desempeñó como auxiliar del jefe de Operaciones de Inteligencia de Bucaramanga y trabajó en el batallón Fusileros de la Infantería de María n.º 5 con sede en Corozal (Sucre). En este último trabajo ayudó a la formación de las Convivir Montesmar en esa región, organizada por el comandante paramilitar Pacheco, hombre de confianza de Carlos Castaño.

Precisamente por estar en esa posición habría conocido parte de la planeación del asesinato de Álvaro Gómez, en la que, según dijo, hubo dos personas decisivas: el conocido de marras Omar Berrío Loaiza —jefe del Grupo Cazador que operaba en Bucaramanga bajo las órdenes del coronel Bernardo Ruiz Silva— y alias «Pacheco», uno de los jefes paramilitares de Sincelejo más cercanos a Carlos Castaño, encargado de hacer «los trabajos más duros para Castaño, con voz y voto dentro de la organización».

Cardona también le dijo a *Semana* que para la consumación del crimen se pagaron alrededor de 800 millones de pesos, repartidos entre militares y paramilitares: «Sé que al grupo de Pacheco o Carlos Castaño le tocó 300 millones de pesos, y para el Grupo Cazador dijeron que habían sido 500 millones». Además, explicó los pormenores del plan:

se cuidaron todos los detalles y se establecieron tres grupos básicos: de choque (vigilancia), de asalto (seguridad perimétrica) y de seguridad (objetivo). Fueron cuatro los encargados de dispararle a Gómez Hurtado, y en la operación intervinieron más de treinta personas. La inteligencia y los seguimientos estuvieron a cargo de personal de la Brigada XX, ellos aportaron los radios —punto a punto— y les prestaron una Ford Van con equipos de comunicación que se meten en los canales de la Policía, la Fiscalía y de todos los organismos de seguridad.

Lo sorprendente es que a pesar de haber aportado tantos y tan sólidos elementos que permitían vincular varios de los hallazgos encontrados en cinco años de investigación, pero que parecían no tener relación —por ejemplo, el papel de algunos miembros del

Ejército y de los paramilitares en el magnicidio—, y a que esas pistas podrían conducir a los autores intelectuales, en el expediente del proceso contra el coronel Bernardo Ruiz Silva y sus supuestos cómplices no encontré una sola —¡ni una!— palabra o referencia a tan esclarecedor testimonio. Cosa que resulta bien extraña, hasta despertar fundadas sospechas, considerando que «el hombre ha declarado en más de diez oportunidades y lo ha hecho de cara al proceso, es decir que esta vez no se trata de un testigo secreto, lo cual lo hace aún más importante», como dijo *Semana*.

TESTIMONIO

El hombre clave

La investigación del asesinato de Álvaro Gómez adquiere un nuevo impulso con la aparición de un testigo clave.

QUE NO HAY CUÑA QUE apriete más que la del mismo palo parece demostrado con la aparición de un nuevo testigo en el caso del asesinato de Álvaro Gómez. Se trata de Diego Edinson Cardona Uribe (ver recuadro), ex miembro del Grupo Cazador, que hacía inteligencia para la Brigada Quinta en Bucaramanga y cuyos compañeros se encuentran hoy detenidos por ese caso. Cardona comenzó su relato el 3 de febrero de 1999 ante los fiscales de la unidad de terrorismo. El hombre ha declarado en más de 10 oportunidades y lo ha hecho de cara al proceso, es decir que esta vez no se trata de un testigo secreto, lo cual lo hace aún más importante. Sus declaraciones han aportado elementos suficientes para armar cabos que en cinco años de investigación parecían no poder relacionarse.

Lo que parece claro para los fiscales es que en lo dicho por Cardona podría estar la clave para descubrir a los autores intelectuales del asesinato. Con este testimonio los investigadores parecen tener clara las relaciones entre los tres grupos de personas capturadas hasta el momento: los supuestos sicarios de la Costa, los integrantes del Grupo Cazador y algunos miembros de la Brigada 20 de Inteligencia, como el coronel Bernardo Ruiz. Los siguientes son los puntos más importantes de las declaraciones.

Según Cardona hubo dos personas clave en el montaje del asesinato de Gómez Hurtado. Una fue Omar Berrio Loaiza, más conocido en la inteligencia militar como 'Juan Camilo', quien era el jefe del Grupo Cazador que operaba en Bucaramanga bajo las

► Según el testigo, en el plan para asesinar a Álvaro Gómez Hurtado participaron más de 30 personas y aseguró que se pagaron cerca de 800 millones de pesos

órdenes del coronel Bernardo Ruiz Silva. 'Juan Camilo' se encuentra detenido como supuesto autor material del asesinato.

El otro personaje clave, según el nuevo testigo, fue 'Pacheco', uno de los jefes paramilitares de Sincelajo más cercanos a Carlos Castaño, líder de los grupos de autodefensa de Colombia. El declarante lo describió como un hombre de acento paisa, barbado, sin bigote y de patillas pronunciadas, pelo negro, un metro con 69 centímetros de estatura, de unos 32 años y encargado de hacer los "trabajos más duros para Castaño y con voz y voto dentro de la organización".

El testigo aseguró que por conversaciones con 'Juan Camilo', 'Pacheco' y 'Miguel' o 'Gustavo', miembro del Grupo Cazador y hombre de confianza del primero, se enteró de los pormenores del atentado que acabó con la vida del líder conservador. Dijo que tuvo conocimiento porque fue invitado a participar y porque estuvo en algunas reuniones en las que se fragó el plan. Cuando los fiscales le preguntaron cómo se relacionaron estas personas el nuevo testigo declaró: "Según lo que me dijo Pacheco, fue planeado

¿Quién es el hombre?

SU NOMBRE es Diego Edinson Cardona Uribe. Natural de Bucaramanga, después de terminar el bachillerato ingresó a la Escuela de Suboficiales del Ejército Inocencio Chincá, en Tolemaida, en 1991, con el propósito de convertirse en cabo segundo, pero tuvo que retirarse. En 1992, apoyado en algunas recomendaciones, llegó al Batallón de Inteligencia No. 2, adscrito a la Brigada 20, y fue asignado al Grupo Cazador, cuyo jefe era Omar Berrio Loaiza, o 'Juan Camilo', uno de los principales sindicados—como autor material— dentro de la investigación. Allí se le asignó el seudónimo de Nicolás Ardita y bajo ese nombre hizo inteligencia para el grupo. También se desempeñó como auxiliar del jefe de operaciones de inteligencia de Bucaramanga y trabajó en el Batallón de Fusile

ros de la Infantería de Marina No. 5 con sede en Corozal, Sucre. En este último trabajo ayudó a la conformación de las Convivir con el comando en esa región, organizada por el comandante paramilitar 'Pacheco', hombre de confianza de Carlos Castaño. Abandonó las filas en noviembre de 1996 y salió a trabajar como escorta de un político de Sincelajo. Últimamente se desempeñaba como taxista y en este momento hace parte del programa de protección a testigos de la Fiscalía.